

PULPEROS Y PULPERIAS DE BUENOS AIRES. 1740-1830

Carlos Mayo et al. Grupo Sociedad y Estado.
Facultad de Humanidades. Universidad Nacional
de Mar del Plata, Argentina, 1997, 153 pp.

Sara Mata de López
CEPIHA, CIUNSa
CONICET

*“Mi gala en las pulperías
era, cuando había más gente,
ponerme medio caliente,
pues cuando puntiao me encuentro
me salen coplas de adentro
como agua de la virtiente”.*

José Hernández, *Martín Fierro*

La poesía gauchesca recrea a través del *Martín Fierro* la imagen aceptada sin discusión de la pulpería rural pampeana, ese boliche donde los gauchos y matreros, es decir los pobres y marginales, se reunían para beber y cantar y, cuando el alcohol los mareaba, pelear por cualquier tontería. La historiografía contribuyó muy poco a matizar esta idea negativa de las pulperías. Tan sólo Félix Weinberg en su *Estudio preliminar* a los escritos de H. Vieytes en “Antecedentes económicos de la Revolución de Mayo” describe brevemente otras funciones de las pulperías, entre ellas fiar mercancías a los productores con precios excesivos obligándoles a entregar su producción a valores depreciados para cancelar estas leoninas deudas. No es difícil entonces comprender la importancia de la contribución historiográfica de Carlos Mayo y el grupo de investigadores que lo acompaña al abordar el comercio y los comerciantes al menudeo, que es lo mismo que decir de los pulperos y las pulperías, a fines de la colonia. Si bien la investigación dirigida por Mayo focaliza el problema de las pulperías y los pulperos en el ámbito urbano, les dedica a las pulperías rurales un capítulo con el propósito, según palabras de los autores, “de ofrecer una visión algo más

integral, sorprendente y rica de la pulpería pampeana en el tránsito del período colonial tardío al independiente". Así, los inventarios y tasaciones post-mortem de nueve pulperías rurales les permiten demostrar la insuficiencia de la visión tradicional, al comprobar que se encontraban muy bien surtidas indicando una variada demanda de mercancías y con ello el alto grado de comercialización alcanzado en la campaña rioplatense, consecuencia de una sociedad más compleja integrada no sólo por grandes estancieros y gauchos sino también por pequeños y medianos criadores y labradores con sus familias y peones que disponían de dinero obtenido como parte de sus salarios.

El libro, sin embargo, está especialmente dedicado a las pulperías de la ciudad de Buenos Aires en el transcurso del siglo XVIII que significó para esa ciudad transformaciones importantes. En ese lapso de tiempo pasó de ser la ciudad más marginal (pero no por ello poco importante) del Virreinato del Perú a Capital de un nuevo Virreinato y posteriormente sede de una Junta de Gobierno que si bien proclamaba su fidelidad al Rey de España se negaba a reconocer soberanía en estas tierras a las Juntas Españolas. De allí a encabezar la guerra de la Independencia sólo fue cuestión de unos pocos años. Durante ese tiempo Buenos Aires dejó de ser un puerto autorizado ocasionalmente para introducir efectos de Castilla al Perú y se transformó en un puerto legal del sistema comercial español. Burócratas y comerciantes se instalaron de manera creciente en la ciudad que exhibió así el crecimiento urbano más destacado de hispanoamérica finicolonial. Los objetivos planteados por los autores son, precisamente, estudiar el perfil demográfico, las formas de comerciar, el estilo de vida, los patrones de inversión y la rentabilidad de las pulperías y pulperos de esa ciudad tan vertiginosamente encumbrada en las décadas previas a la ruptura del orden colonial.

El análisis es tanto económico como social y a través de nueve capítulos Carlos Mayo, Angela Fernández, Laura Cabrejas, Julieta Miranda, Diana Duarte, Carlos Van Hauvart, Vanesa Velich y Daniel Virgili, nos presentan las características mercantiles de la ciudad así como las costumbres, prejuicios y aspiraciones sociales de los pulperos. Los resultados que se exponen representan los logros académicos alcanzados por graduados y estudiantes integrantes del Grupo Sociedad y Estado entre quienes se destaca la profesionalidad de su director quien señala la importancia de una *"experiencia de genuina cooperación, armoniosa convivencia y fecundo trabajo en común, donde todos conservamos intactos nuestros derechos /que/ da prueba que una empresa así es posible en la vida académica y universitaria"* y que no solo es posible, tal como ellos lo demuestran, sino que también es deseable.

Utilizando un importante corpus documental constituido principalmente por testamentos, inventarios, libros de cuentas correspondientes a 105 pulperos y las existencias de 40 pulperías, los autores demuestran la importancia de estos comercios definidos por el gremio de pulperos como “*tabernas, almacén de abasto y tienda de efectos de Castilla*” que abastecían a la población de géneros, bebidas y alimentos diversos y que también al caer la tarde ofrecían a sus parroquianos y clientes entretenimientos tales como juego de naipes, bochas y música acompañando todo ello con el consumo de bebidas alcohólicas. Pero, ¿quiénes eran los dueños de estas pulperías? Generalmente se trataba de españoles pobres, mayoritariamente gallegos que habilitados por un comerciante de mayores recursos o formando una sociedad con otro paisano se instalaban según sus posibilidades en diferentes lugares de la ciudad, con preferencia en las esquinas. Para iniciarse en el negocio resultaban suficientes 200 pesos los cuales podían obtenerse a partir de administrar una pulpería ajena dividiendo con el dueño los beneficios. Los pulperos formaban compañías que estipulaban todas las obligaciones y derechos de sus miembros, pautaban las responsabilidades de cada uno al momento de otorgar créditos y realizaban balances periódicos, generalmente cada seis meses, para determinar los beneficios obtenidos.

Si bien es difícil establecer la rentabilidad de las pulperías, a través de una sociedad que persistió casi diez años, Mayo observa en este caso que aún cuando con el transcurso del tiempo el capital sufrió una merma considerable no todos los socios perdieron en la misma proporción e incluso uno de ellos ganó, probablemente porque sus “fiados” fueron “buenos” y sus gastos personales inferiores a los de sus compañeros. Sostiene el autor que es preciso diferenciar los beneficios que obtenían los socios de las utilidades. Nos encontramos, de este modo, frente a una de las contribuciones más interesantes del trabajo de Mayo por cuanto muestra que la pulpería “*como empresa era más sofisticada de lo que se creía*” y que el pulpero recurría a estrategias de venta muy variadas en la medida en que por la cantidad de pulperías existentes enfrentaba una fuerte competencia, motivo por el cual las “picardías” y “malas artes” atribuidas a los pulperos tenía serios límites. El descrédito significaba la ruina. Entre los recursos empleados para mantener y captar clientes, el “fiado” constituía un aspecto central del funcionamiento de las pulperías pero también su mayor riesgo ya que no fueron pocas las veces que el deudor desaparecía o fallecía con lo cual las deudas se convertían en incobrables y en pérdida. Otro recurso utilizado con frecuencia por los pulperos era el de otorgar crédito en metálico es decir prestar dinero a aquellos clientes que concurrían casi a diario, a quienes mejor conocían y con quienes establecían relaciones más estrechas. Finalmente

recurrieron a la “yapa” y el “descuento”. Con la “ya-pa” halagaban y regalaban a los chicos de los mandados y los sirvientes de las casas principales que concurrían diariamente a efectuar las compras para que los prefirieran a otras pulperías cercanas y con el “descuento” beneficiaban a sus mejores clientes.

Otra comprobación sorprendente e interesante es la variedad y el surtido de mercancías que poseían las pulperías porteñas. Si bien la inversión más importante la constituían las bebidas y los alimentos también expendían artículos de mercería, ferretería -incluyendo aperos agrícolas y vajilla-, ropa de diversa calidad y hasta calzado inglés, recados de montar, estribos, cuerdas de guitarras e incluso láminas religiosas y rosarios. Los productos encontrados en las pulperías porteñas exhiben con notable sencillez el universo mercantil de una ciudad colonial. Sabemos así que el azúcar procedía de La Habana, de Brasil, de Perú y de Paraguay siendo la primera la más apreciada y es posible verificar que los porteños gustaban saborear platos de fideos y beber una variadísima gama de bebidas alcohólicas además de los favoritos: aguardiente y vino carlón. Consumían, licores, caña de La Habana y caña de Portugal, anisete, mistela, ron y hasta cerveza. En cuanto al aguardiente lo encontramos procedente de España, Holanda, Mendoza y San Juan. Y estas bien surtidas pulperías porteñas (que no eran todas, por supuesto), exhibían sus productos en mostradores y vidrieras o vitrinas en las cuales se colocaban los postres y dulces. Contaban con cajones para minestas o azúcar, balanza romana o de cruz, barriles, pipas, tercerolas, sacos y frascos. Los autores nos describen hábilmente algunas de ellas con sus veredas y faroles permitiéndonos comprender la diversidad de pulperías existentes, desde las más modestas hasta las más pretenciosas.

También, los pulperos presentan diferencias en su situación económica y social. Los autores estudian minuciosamente su religiosidad y educación, así como su nivel de vida. Demuestran que la mayoría de ellos vivía modestamente y en general buscaba adquirir una vivienda, cuyos valores promedios superaban levemente a las de los estancieros estudiados oportunamente por Carlos Mayo, pero que estaban muy lejos de las hermosas viviendas de los grandes comerciantes de Buenos Aires. Cuando los negocios prosperaban, los pulperos trataron de adquirir otras viviendas o tiendas, solares en los cuales cultivaban una huerta y frutales cuya producción comercializaban en sus pulperías y en menor medida también invirtieron en esclavos.

En síntesis, una interesante contribución al estudio de la sociedad y economía colonial que rescata al comercio minorista de la caracterización que, como sostiene Carlos Mayo, la literatura costumbrista y la tradición le otor-

garan de “Antro de perdición y explotación de los desheredados” y por la cual “la pulpería y el pulpero estaban más cerca del pecado y la transgresión que de la redención, expulsados una y otro de ese territorio más neutro y también más gris que es la normalidad cotidiana” y es precisamente en esa cotidianeidad donde los autores logran escudriñar las más variadas facetas de las pulperías y a través de ellas de la sociedad colonial porteña.